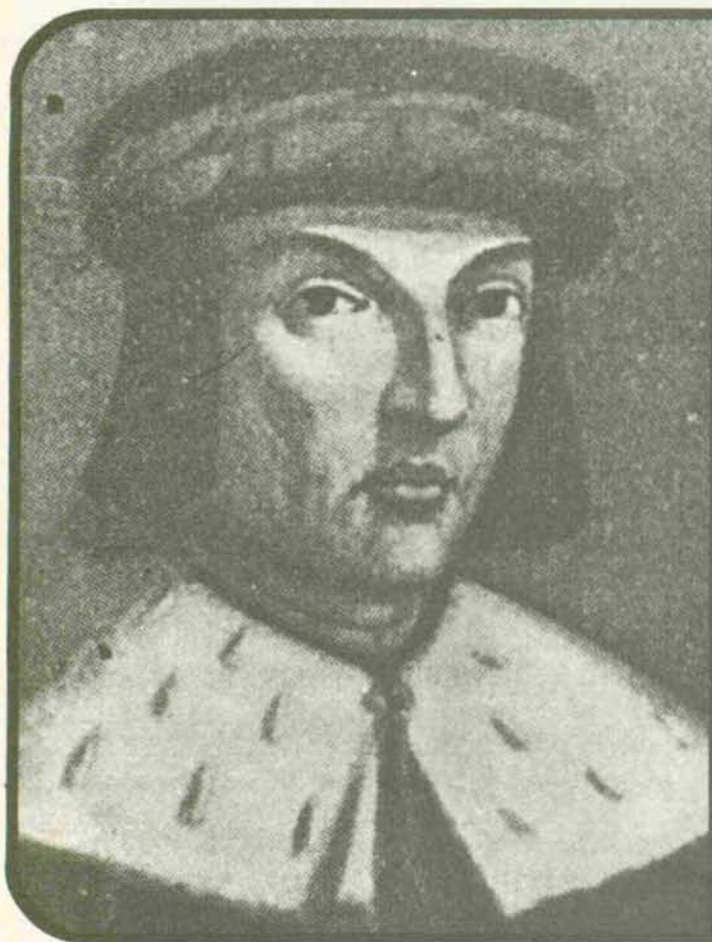


En el V centenario de la muerte de JORGE MANRIQUE

Poesía y melancolía

Dr. C. Ortega Matilla



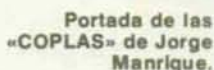
SE ha celebrado en Palencia el V centenario de la muerte de Jorge Manrique, con intervenciones como la de Santiago Amón (¿qué se hizo de este pueblo, que dio la mayor concentración del románico de España y figuras como Gómez Manrique, el marqués de Santillana, Dom Sen Tob o Jorge Manrique?) y la de Casilda Ordóñez (mujer, inteligente y poeta, con su lucida exposición de las tres contradicciones manriqueñas, caballero y poeta a la vez, buscando la fama como caballero y lográndola como poeta, hombre de linaje y despreciando el mundo). Está claro que los temas que promueve Jorge Manrique no están agotados. Por ejemplo: ¿qué se puede añadir a nivel de nuestros conocimientos actuales, al enigma manriqueño, al hecho de que en un momento dado surja un poeta capaz de dejarnos un mensaje como el suyo, con la trascendencia que ha tenido en la poesía y en la literatura posterior, no sólo española, sino mundial?

LO primero que hay que preguntarse es qué es la poesía. No voy a enfocar el tema desde el plano de los conocimientos literarios o históricos, sino desde el médico. En este sentido, yo diría que la poesía es el producto del inconsciente, sociocultural y personal, de un individuo dado. El inconsciente es la parcela más antigua de nuestra alma, más antigua quizás que nosotros mismos, y de él surge el yo (el yo/mismo) sobre el

que se monta el superyo. Nacemos con el inconsciente y nuestra vida consiste en una retracción de dicha parcela, en una delimitación, que da paso al surgimiento de la conciencia personal con sus ideales y sus imposiciones, culturales, superyoicas. Es curioso que durante mucho tiempo, el inconsciente individual haya sido postergado, ignorado, cuando para cada uno de nosotros es una fuerza viva, la fuente de la energía personal

primaria y esencial. Es decir: el hombre ha vivido seguramente, en sus primeros tiempos, la convivencia armónica entre su inconsciencia y su conciencia y en la evolución fueron surgiendo fuerzas, culturales, o sea derivadas del hecho social, que por una parte estimulaban el desarrollo de la conciencia y por otra arrumbaban el inconsciente, avergonzándose de él, tratando de ignorarlo, porque era portador de la vida animal,

La intuición poética tiene una clara raíz inconsciente. Surge como un impulso incontenible que no necesita ser retocado. Tiene, en principio, dos componentes: el concepto y la musicalidad, aunque el papel más o menos esencial de esta última pueda ser discutido. El concepto, ya se sabe, ha sido más penetrante en la historia de la cultura humana que el razonamiento. Un poeta puede decir en un golpe intuitivo, en un verso, algo que para explicarlo el filósofo necesita varios libros. Lo que el poeta dice está fundamentado en la experiencia—individual y colectiva—y cualquier arreglo (incluso el posterior sometimiento a una métrica) lo desvirtúa. Pero incluso con el arreglo quedaría como propiamente impulsivo el sentido general del poema—que se trate de una elegía o de un enigma, por ejemplo—. La musicalidad con su resonancia afectiva recuerda la resonancia inconsciente de las percepciones auditivas primarias del mundo entorno. Hay sonidos primarios sedantes (el agua, el aire, el canto de un pájaro, etc.) y sonidos aterrantes, que despiertan los grandes terrores cósmicos colectivos (el ruido del agua en una riada, el ciclón, el rugir de las fieras, etc.). El hombre habría buscado la forma de reproducir los sonidos apacibles o los terroríficos, según las circunstancias, quizás para apaciguar sus miedos en la soledad, en la oscuridad, y de estas reproducciones podría haberse conformado lo que entendemos hoy por música. La



«recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte...», etc.

mar la atención porque para el hombre es básico, instintivo, todo lo que conduce a llamar la atención de los demás. Hoy se considera esto como uno de los móviles básicos de la conducta humana. Nos apartaría de nuestro tema profundizar más sobre lo que pueda haber detrás de la llamada de atención, inconscientemente hablando: la obtención de un beneficio concreto o la pura lucha contra la soledad existencial, conseguir un fin en el terreno nutritivo o sexual, o no sentirse solo, sino atendido. El poeta, sin proponérselo conscientemente trata de descargar su inconsciente por la expresión. Es una descarga que requiere previamente una cierta desinhibición. Las inhibiciones parten del yo, y sobre todo el superyo, y son imposiciones culturales, del grupo. En algunos enfermos en los que se produ-



**Glosa famosísima sobre las coplas que
hizo don Jorge Manrique a la mu-
erte del maestro de Santiago
su padre.**

La vanda y cadena son ciertas señales
De armas y gloria de muchos nombrados
De su faga fueron los antepasados
Que a estas dexaron por ser inmortales
Fueron fundados por cosas reales
Dignos de toda perpetua alabanza
Que agora se hallan nombrados mas tales
En este que es quinto de no transcurra
En quien tienan puesta muy firme su estaca

Portada de una edición
de las glosas de las
«COPLAS» de Jorge
Manrique.

ce, por causa de su enfermedad, una cierta desinhibición inconsciente, a veces se observa una confusa, incoherente productividad poética, que cesa al recuperar su normalidad, o sea, cuando entra dentro de los esquemas inhibitorios que permiten al grupo aceptarle de nuevo. Naturalmente, el poeta se libera del peligro de la locura mediante su descarga del inconsciente y por eso es tan raro encontrar un poeta loco. Yo no conozco a ninguno.

Ahora bien, al ser la poesía una transmisión del inconsciente personal a los demás debe llevar implícita la carga afectiva predominante en el poeta en un momento dado, o la que es predominante en su personalidad. Los versos de J. M. están llenos de contenidos depresivos:

«ni estoy triste ni contento»,
«no tardes muerte, que muero /
ven porque viva contigo»,
«pues que tengo de morir / por

remedio principal» o «ándome
assí perdido / añadiendo pena a
pena / con un deporte fingido /
con un alegría ajena...», o en los
versos que dedica a su «congo-
xa»: «que la muerte anda re-
vuelta / con mi vida», o cuando
dice, «acabar, porque será me-
nor trabajo la muerte que tal
pena» «de fenescer he desseo /
por el mucho dessear / que me
fatiga...».

Donde culmina la depresión es en las Coplas, demasiado conocidas para que haya que repetirlas. Ignoro si está clara la fecha en que las compuso, pero por los datos corrientes es posible que fuera su última producción, ya que las dedicó a su padre, que murió en 1476, y J. M. murió dos años más tarde.

Puede seguirse en su biografía el curso de su depresión. Su madre murió cuando él tenía de 4 a 5 años. Al año siguiente volvió a casarse su padre con Doña Beatriz, la cual se murió, a su vez, seis años después.

No parece que haya quedado constancia de ella en los versos de J. M. La rápida boda del padre, al año de quedarse viudo, acentuó, sin duda, sus sentimientos de hostilidad hacia él, ya que no habría resuelto su edipo por la intempestiva muerte de la madre. El padre fue un hombre socialmente brillante y está claro que J. M. forzó su propia existencia en el intento de seguirle, de emularle, aunque quizás no tuviera sus mismas dotes físicas, y, por supuesto, vocacionales. No lo consiguió. Su vida militar fue más bien oscura.

El padre volvió a casarse cuando ya tenía 63 años, y lo hace con Doña Elvira, y Don Jorge, siguiéndole los pasos una vez más, se casó con Doña Guiomar, hermana de Doña Elvira. Que sus relaciones con su mujer no fueron precisamente excelentes parece deducirse por varios supuestos. Sus propios versos (su inconsciente, en definitiva) son los de un hombre que no ha sido feliz en sus relaciones amorosas. Habría otras relaciones fuera, antes o en su matrimonio, que tampoco debieron ser especialmente felices. No es extraño dado su carácter melancólico. Se casó muy tarde, a los 29 años, y su boda fue de las llamadas de conveniencia. Piensa que la presencia física es esencial en el mantenimiento del amor:

«pues son olvido y mudanza /
las condiciones de ausencia»,
«que cuan presto fuera ausente
tan pronto será olvidado...»,
etc.

Esta faceta no afortunada en amores de J. M. ha sido señalada repetidas veces (Menéndez Pelayo, y concretamente T. Ortega, en «La voz del paisaje»). Es indudable la necesidad de la presencia física si se tiene en cuenta la realidad del amor, como comunicación espiritual y física entre dos, presencia física que sería una ga-

rantía de normalidad, ya que el amor a distancia, con una tonalidad puramente platónica por decirlo así, entra dentro de las reacciones neuróticas.

Aunque no haya una referencia documental concreta a sus relaciones con su mujer, aparte del contenido de sus versos, lo que sí está claro son sus malas relaciones con su madrastra/cuñada, Doña Elvira, a la que dedicó (viviendo su padre/cuñado) el insólito verso que es conocido.

Cabe, pues, deducir lo siguiente: J. M. era, por lo menos, una persona inclinada a la depresión, y esto se trasluce en sus versos, que son un producto de su inconsciente. No es evidentemente una depresión grave, sino un estado depresivo, melancólico, con acentuaciones esporádicas ligadas a sus circunstancias personales. Habría una especial tirantez en sus relaciones con su padre, que superó introyectando el módulo paterno y al que quiere inútilmente emular como caballero. No teme a la muerte, no habla de ella (o sea, no habla del más allá de la muerte, estado en pleno teocentrismo medieval), sino que se refiere a ella como «*el fin de su vida*»: una vida que a veces sería prometedora, pero que en definitiva le pareció una carga sin sentido. Su hostilidad hacia su padre (inconsciente) se convierte así en un sentimiento de culpa cuando aquél muere y se acentúa su estado melancólico. Es entonces cuando surgen sus coplas, como un manantial reposado y enormemente triste. Desprecia todo lo que aparentemente había sido razón de su vida:

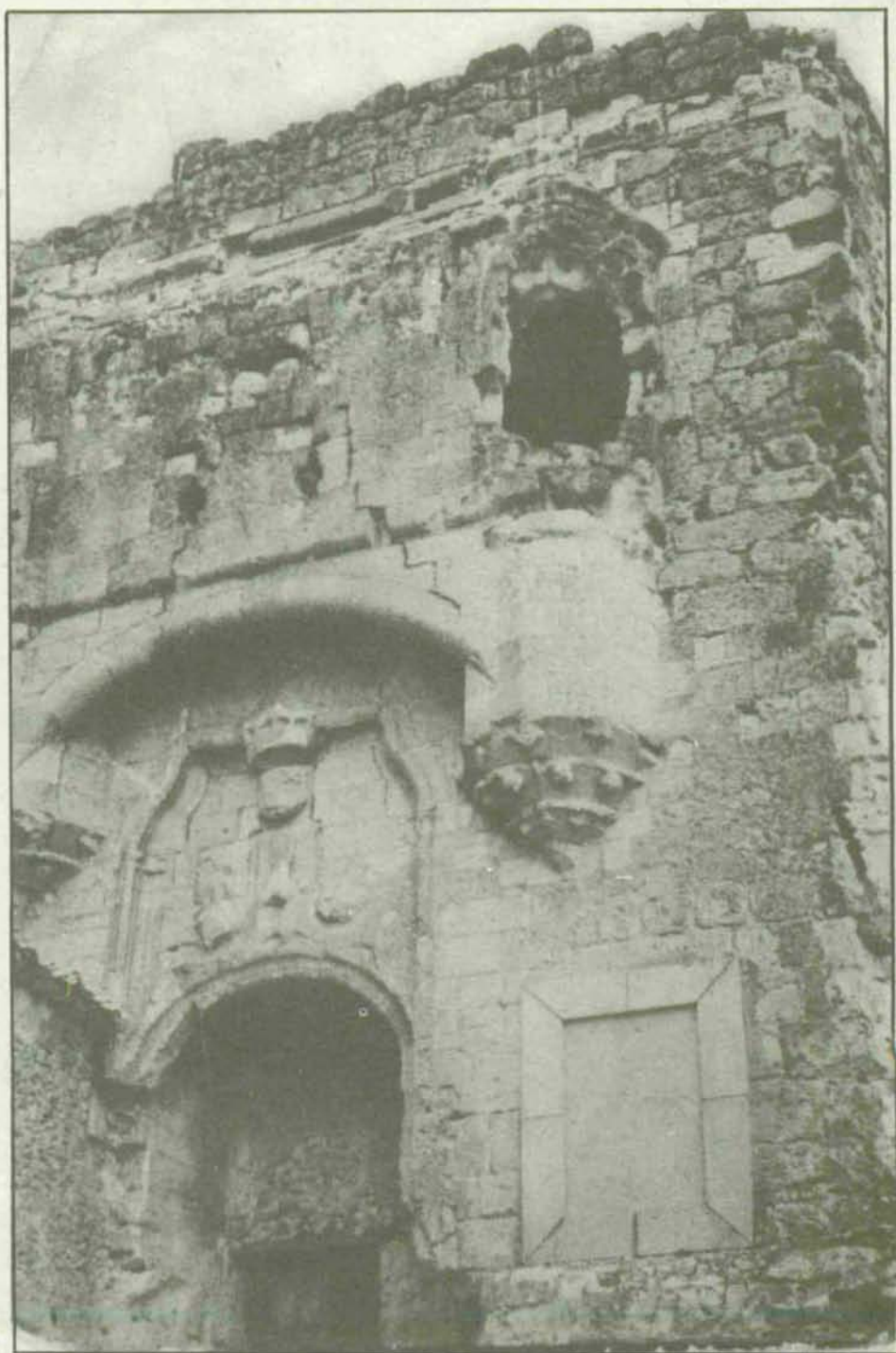
«*fueron sino devaneos / que fueron sino verduras de las eras, las justas y los torneos...*». «*Qué se hizo el rey Don Joan, los infantes de Aragón qué se hicieron...*».

¿Dónde ha ido todo?, se pregunta. ¿Cuál es la sima de la muerte, donde todo se hunde?

Las alabanzas a su padre están fuera de toda medida. Son compensatorias. El «*maestro de esforzados y valientes*», Don Rodrigo, pasaría a la posteridad a caballo de las coplas de su hijo.

Dice en las Coplas: «*Así cuando morimos, descansamos*». ¿Buscó su propia muer-

te? Eso parece deducirse de las circunstancias que la rodearon: entró en campo enemigo, peleando a brazo partido hasta que le mataron. ¿Era un suicidio? Es una posibilidad también comentada (T. Ortega, op. cit.) y que encargaría con la tesis de su depresión, si no como un suicidio claro, sí encubierto, cosa por lo demás frecuente, como se sabe, en las depresiones. ■
C. O. M.



Castillo de Garcí Muñoz (Cuenca), ante el cual murió Jorge Manrique, en 1479. (Cortesía de don José María González Muñoz).